

ESCENA VIII

LA TRANSMIGRACIÓN A UN ÁRBOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJE: HONORIO

ARGUMENTO.— De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al ciprés que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve a creer en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguir, pero ¡imposible!
De nuevo lo intentó, mas ¡nada! ¡nada!
Una atracción inmensa, irresistible,
le arrastró hacia la tumba de su amada.

Que huir de aquel sepulcro lamentable
el pobre no podía, ó no quería,
cegado por el fuego incomparable
que hasta los mismos soles fundiría.

Y así como el imán sigue al acero,
volvió á mirar la tumba, y al mirarla,
—¡Si no puedo—decía,—si no quiero,
si tengo tantas cosas que contarla!—

Y el ciprés de la tumba contemplando,
fue Honorio, sus deseos más queridos
celoso entre sus ramas ocultando,
como ocultan los pájaros sus nidos.

Corría el viento, y el ciprés ondeaba,
y al mirarlos, dudaba el pensamiento
si es que el viento al ciprés acariciaba,
ó era el ciprés el que movía al viento.

—«Desde ese árbol—seguía,—ángel divino,
tus cenizas guardando encantadoras,
cual un genio invisible del destino,
por ti podré velar á todas horas.

»Los días, las semanas y los meses
veré pasar en tiernas confianzas,
y entre tumbas y adelfas y cipreses
en vez de olvido encontraré esperanzas.

»Te prestará el ciprés, la noche andando,
paz, calor y silencio; y por el día,
en las ramas los pájaros cantando,
todo en él será amor, luz y armonía.

»Propicia ya una vez la buena suerte,
después de tanto amor y pena tanta,
mi unión, acrisolada por la muerte,
será más que hasta ahora, augusta y santa.

»Allí—seguía Honorio,—allí, bien mío,
desde ese oculto y ondulante asiento,
te mandaré, estampado en el vacío,
mi último beso en mi postrer aliento.

»Coronando la hermosa sepultura,
ese árbol que ondulando baja y sube,
con mi amor, y su sombra y su verdura,
parecerá un edén sobre una nube.»—

Y ante la tumba, de esperanza llenos,
las verdes ramas del ciprés veían
aquellos ojos de león, serenos,
que rara vez los párpados cubrían.

Y transmigrando á una segunda vida,
volando hacia el ciprés, los aires hiende,
y su sombra, ya á plomo suspendida,
cual nevada de luz, sobre él se tiende.

Llega el alma cual brisa que se queda,
y después de quedarse no se mueve;
luego en el centro del ciprés se hospeda,
y fluyendo sutil, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando
por dentro del ciprés, se eleva al cielo:
son sus brazos dos ramas, y es, bajando,
cada pie una raíz que horada el suelo.

Y ya en savia su sangre convertida,
en torno circulando, sube y baja,
y Honorio en fácil curso, así se anida,
de su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas
realiza en el ciprés su amante objeto,
pues su cuerpo de tronco, y dedos de hojas,
forman ya un hombre vegetal completo.

Después de ser un mármol que vivía,
un árbol llega á ser, que vive y siente;
así en ciprés se convirtió aquel día,
cual Dafne y Biblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vió, sintiendo frío,
que en carne del ciprés se fué volviendo,
en su pecho esperó que, cual rocío,
el silencio y la paz fuesen cayendo.

Mas todo era ilusión, porque su estrella
le hace, aumentando su inmortal cuidado,
hasta en la tumba, y hasta al lado de ella,
y hasta amando sin fin, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvaríos,
soñando en ser feliz, piensa, inocente,
que ya de Soledad los restos fríos
quemándole estarán eternamente.

ESCENA IX

LO QUE DICEN LOS ÁRBOLES

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO, CONVERTIDO EN CIPRÉS

ARGUMENTO.—Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés, habla de su amor á Soledad. Se evocan todos los espíritus que, como Honorio, parecen gemir transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido,
amante Honorio, de la tumba al hueco,
lo devuelve la tumba repetido
con la marcada exactitud de un eco.

—¡Ya de ti estoy—á Soledad decía—
hasta el día del juicio, frente á frente,
y esperándote así me aguardaría
mil años, y otros mil, y eternamente!

—Oye—seguía, revelando el duelo
de sus tiernos combates interiores,—
por verte vine aquí, cual van al cielo
volando los aromas de las flores.—

Ya es Honorio, cual veis, árbol que siente,
después que ha sido ya mármol sensible:
¿será este mundo real tan solamente
el velo de otro ser que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angustias locas,
las almas que echa Dios al purgatorio,
convertidas en árboles ó en rocas,
nos hablarán también, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia,
salvando de ambos mundos el abismo,
¿ejercen sobre mi alma una influencia
ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer ó el desencanto
de nuestros sueños tristes ó risueños?
¡Quién me diría á mí, que sueño tanto,
que acaso son verdad mis largos sueños!

—¿Tal vez porque estás sola y enterrada
sientes dolor?—Honorio proseguía.—
Si yo pudiera consolarte, nada
á las dichas del cielo envidiaría.—

Calla Honorio, y con lánguido abandono,
remedando el ciprés su triste acento,
resuena como el arpa, cuando el tono
en que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos;
ya sé por el ciprés que esa alma anida,
que sois, uno por uno, ó todos juntos,
invisibles testigos de mi vida!

Ya, á costa de mi vida he presentido
que, al través de este mundo tenebroso,
en torno de lo claro y definido,
vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no ve el mundo aletargado,
más bien que al alma, á su sentido atento,
ese otro mundo de ideal soñado,
por fatiga, indolencia ó desaliento.

¡Oh inspiración del alma candorosa!
¿Cuántas veces á mí, quiera ó no quiera,
divina una atracción, siempre imperiosa,
de la terrestre acción me empuja fuera!

La tumba contemplando embebido,
Honorio continuaba:—No te alejes;
temo, al verte dormida en ese nido,
que un soplo te despierte y que me dejes.

»Eternamente gemiré á tu lado,
para ti vivo y para el mundo muerto:
estaré en el ciprés siempre encantado,
dormido á todo, y para ti despierto.» —

Y esclavo satisfecho del ambiente,
después que esto el espíritu decía,
al impulso del aire mansamente,
moviéndose el ciprés, iba y venía.

Y mientras tanto que el ciprés, sombrío,
gemidos esparcía solitarios,
arrebatao Honorio, en el vacío
sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba,
el ciprés parecía que, ondulando,
en un mental monólogo quedaba,
en silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le daban
á mi alma joven, de ventura escasa,
cuando á impulsos del aire se movían
los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora
de este árbol que mi padre plantó un día,
¡cuántas cosas, Dios mío, entiendo ahora,
que entonces, pobre niño, no entendía!

¿Será un eco el ciprés de mi ventana
del acento del padre idolatrado,
del triste adiós de la difunta hermana,
del ¡ay! del ser de pena asesinado?

Sin duda á todo amante que padece,
en nombre de los muertos y los idos,
de algún Honorio el alma les ofrece
grato festín de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras,
las que en forma de céfiros alados,
pasando despertáis á todas horas
estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante
le anunciáis, susurrando, su destino,
con la voz de la madre ó de la amante,
desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumentéis, sombras queridas;
pues por no hallar olvido en mi quebranto,
desgarro con mis manos mis heridas,
de sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores,
dejadme por piedad, dejadme un poco;
que al ver almas gimiendo hasta en las flores,
más bien que alucinado estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida
tanto rumor, que soportar no puedo!
¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida,
dame luz, dame luz, que tengo miedo!

ESCENA X

EL ALMA DESTERRADA

LUGAR DE LA ESCENA: *El cielo*

PERSONAJE: SOLEDAD

ARGUMENTO.—Ve Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, á cuya puerta queda de rodillas pidiendo luz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intuición presente
Soledad, desde el cielo donde mora,
que la ama Palaciano dulcemente,
mientras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante,
un amor la profesan verdadero:
Palaciano tranquilo y vacilante,
sensual Honorio, arrebatao y fiero.

Leal y agradecida, allá en su mente
piensa en los dos, y por entrambos ora;
mas ella, en cuanto á afectos, sólo siente
el placer de hacer bien, que la enamora.

Son ellos y ella, en el amor humano,
ella, lo que hay en el amor de eterno;
las pasiones del mundo, Palaciano,
y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba;
pero ella, sin pasión, era tan buena,
que en otra vida de dolor soñaba,
de abnegación y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo,
y á sí misma, pensando, se decía:
—¿Debo yo redimir su alma sufriendo,
pues sufre el infeliz por causa mía?—

Por lástima (¡y quién sabe!), por ternura
se enciende su bondad en vivo cielo:
¿podrá ser que, á pesar de su ventura,
tenga también sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; mas de manera,
que unas veces sintiendo, otras pensando,
su ventura, en la gloria, es tan austera,
que recuerda el dolor, de cuando en cuando.

—¿Por qué seré de Honorio tan querida?
pregunta á su razón su ánimo inquieto:
¡casta flor en los bosques escondida,
que no está de su encanto en el secreto!

Cuantos incienso á la virtud quemamos,
la pureza ensalcemos de su llama;
¡más noble que penar por el que amamos,
es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¡Si dichosa redimir pudiera
al infeliz que por su amor sufría,
á ganar con mil vidas que tuviera
otro cielo, y mil cielos, volvería!

De Soledad el pecho, ni en la gloria
de afectos de piedad se encuentra lleno,
pues sólo le consuela la memoria
del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante
bajó, soñando, á redimirlo al suelo,
los ojos Soledad cerró un instante...
y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió?—Llamó, atrevida,
un amor de la tierra á su memoria;
¡quién lleva al centro de la eterna vida
pensamientos indignos de la gloria!

Transmigando por ella, y de amor muerto,
de Honorio, el infeliz, pensó en el nombre;
pensó tan sólo en redimirle, es cierto;
pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada,
rezó con santa devoción el credo;
después miró hacia el mundo, y, espantada,
no viendo luz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo en derredor sombrío,
la creación miró desde su altura;
mas sólo halló su vista en el vacío
la noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo,
le pide un rayo de su luz brillante:
¿cómo ha de ver el sol la que ya ha visto
la verdadera luz un solo instante?

Mientras, ciega, en sus horas solitarias,
en vano los espacios escudriña,
repite fervorosa las plegarias
que le enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos,
pensó, miró, volvió á pensar, y luego
vió con ojos tan grandes como hermosos
que, del cielo al salir, todo está ciego.

Mientras los ojos Soledad tenía
en la profunda obscuridad clavados,
á la puerta del cielo parecía
una estatua con ojos animados.

Ni el sitio ve donde la planta asienta;
y hasta el sol, allá abajo suspendido,
con luz, como la tierra, cenicienta,
parecía también casi extinguido.

La pobre Soledad, de cuando en cuando
aun se vuelve hacia el sol; mas no ve nada,
y parece decir, como soñando:
—¿Por qué siempre seré desventurada?—

Por culpas de otro á padecer comienza,
y llora el mal de la primera herida,
la que no tiene que sentir vergüenza
ni de un solo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo,
en aquel limbo, sin dolor, sombrío,
sin frío ni calor, fuera del cielo,
siente ya ideas de calor y frío.

Aguarda y tiene fe; mas nada alcanza.
Y á Dios, que sordo está, ¿qué le pedía?
Ni entereza le pide, ni esperanza;
un rayo solo de la luz del día.

De lejos mira atravesar, dolientes,
las sombras de los coros celestiales,
pues cerraban el cielo transparentes,
así como unas nieblas ideales.

Y un grave son de música sagrada
pasar dejaba á su avariento oído
la puerta, por un ángel mal cerrada,
de aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles
encomiando con frases de ventura,
la arrulla un coro de almas juveniles,
himnos de amor cantando y de ternura.

Su destierro lamentan aterradas,
las vírgenes de paz que no han sufrido;
mas la admiran las almas desoladas,
que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías,
enviándola palabras de consuelo,
el Trisagio cantaban, que Isaías,
feliz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva, al Dios augusto,
de este modo alentaba su paciencia:
—Y sabio y poderoso y bueno y justo;
nuestra maldad perdona tu clemencia.—

Oyendo el canto con ferviente celo,
mientras llega la luz, que tanto tarda,
sola, á la puerta del perdón del cielo,
como una pobre de pedir aguarda.

Y seguía la noche; y mientras puras
dos lágrimas surcaban sus mejillas,
se quedó Soledad sola y á obscuras,
á la puerta del cielo, de rodillas.

ESCENA XI

CASTIGO DE DIOS

LUGAR DE LA ESCENA: *Entre el cielo y la tierra*

PERSONAJES: SOLEDAD.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Desterrada Soledad á la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesús Mago. La reverberación que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, á tiempo que caía sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas. Honorio la maldice. Cae otro rayo, que incendia el ciprés. Honorio sale de entre el árbol incendiado y huye de aquel sitio.

Falto de luz, ajeno de reposo,
de Soledad el corazón sumiso,
ya empezaba á sentir cuánto es costoso
el ganar para otro un paraíso.

Jamás, después de Dios, de afectos lleno,
pudo un celeste amor llegar á tanto:
purgar la propia falta es noble y bueno;
mas pagar culpas de otro es bueno y santo.

A obscuras, sola, y de dolor transida,
se acuerda de Jesús, y en su amargura,
se siente á este recuerdo estremecida
de esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame», pensó.—Jesús, llegando
puso término al fin á sus clamores;
pues, su frente de luz reverberando,
de él un foco salió de resplandores.

Curar á Honorio de su amor quería;
y al ver su propia tumba, ella pensaba
que extinguiendo su cuerpo, extinguiría
la causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean
en sorda tempestad los elementos,
y desde el Norte al Sur chisporrotean,
como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que á trechos parecía,
en partes encendido, en partes ciego,
porque sobre él á la sazón caía
una tromba infinita de agua y fuego.

Ve una chispa á sus pies que nace y crece;
suenan un trueno, la envuelve una centella,
se mete entre su luz, y resplandece
el rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada,
de sus restos mortales en acecho,
á la tierra bajó, como sentada
en un trózo de sol, pedazos hecho.

Y al caer, su sepulcro calcinando,
ni en él dejó de sus cenizas huella,
y luego hacia el ciprés su vuelo alzando,
ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio á Soledad veía,
no estaba aún de la verdad seguro,
porque aquella mirada parecía,
más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba
de Soledad; mas sus pupilas bellas,
húmedas otro tiempo, hoy las hallaba
sosegadas y enjutas como estrellas.

Aunque era Soledad, no parecía
la misma Soledad que él tanto llora;
él amó más que á un ángel todavía,
pues amó á una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella,
Honorio, eternamente altivo y tierno,
extintas viendo las cenizas de ella,
dió un grito que era un eco del infierno.

Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,
de su razón la varonil firmeza,
cual si le hubiese, horrísono, partido,
el retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucían
de la noche á los lúgubres destellos;
y crespos por la ira, parecían
manojos de serpientes sus cabellos.

Mientras, causando universal espanto,
le envuelve de volcanes una nube,
el corazón de Honorio es, entretanto,
llama voraz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertía
de injurias y denuestos un torrente,
estaba Soledad como estaría
la tórtola mirando á una serpiente.

Y tanto mal á Soledad desea,
forjando de venganza atroces planes,
que Dios, por castigarle, le rodea
de una explosión completa de volcanes.

Y arde el ciprés, y con mortal desmayo
ella lo mira, mientras que él, paciente,
un rayo ve caer, tras otro rayo,
con la altivez de un rey, sobre su frente.

Como estatua de mármol derribada,
de hinojos, Soledad llora sus duelos,
llamando sobre Honorio, resignada,
las bendiciones todas de los cielos.

Y al salir de las llamas abrasado,
ella le mira consternada y tierna,
y él la dice, de cólera cegado:
—¡Que caiga en ti la maldición eterna!—

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,
del seno de las llamas desprendido,
como hombre que ha ofendido al mundo entero,
y que aborrece al mundo que ha ofendido.

ESCENA XII

LA LLUVIA DE ESPERANZAS

LUGAR DE LA ESCENA: *Delante del sol*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Honorio pide consejo á Jesús el Mago, el cual le dice que obre con arreglo á su conciencia. Jesús el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripción del amanecer. Invocación á Jesús el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la ex tumba de soslayo,
prosigue Honorio su aturdido vuelo,
y encima ya de la región del rayo,
se encuentra cara á cara con el cielo.

Y avanza inquieto, y cuanto más avanza,
la causa mira más de sus pesares,
como el pobre proscrito cuando lanza
la postrera mirada á sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesús atento
le contemplaba triste y apacible,
—¿Qué haré—le dijo con amargo acento—
hoy que el bien para mí es ya imposible?

—«Ten fe—dijo Jesús,—en Dios confía,
y no será tu desventura tanta,
pues al bien puede unirte todavía
alguna mano cariñosa y santa.

»Tu gusto, aun transmigrando, será el mío;
sea el juez de ti mismo tu conciencia:
obre primero, Honorio, tu albedrío;
que después ya obrará la Providencia.»—

*Dice Jesús, y por los aires sube,
cual blanco grupo de vapor fulgente,
como yendo á esperar, de nube en nube,
al sol, que se elevaba lentamente.*

Y vió Honorio después que, al sol llegando,
iba del alba entre la luz primera,
semillas de esperanzas arrojando
en su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesús las esperanzas vierte
ante el trono del sol, de Cristo en nombre,
desde el gran día en que rompió su muerte
la servidumbre universal del hombre.

Por eso, ya á granel, ya de una en una,
vierte, hechas luz, en nombre del Ungido,
esperanzas de gloria y de fortuna,
de fe, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo
de una noche de horror borra las huellas
y ya el sol, ascendiendo por el cielo,
recogía á su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,
de su vida de amor desesperado,
se oculta en el crepúsculo indeciso,
entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,
despojándose van los horizontes
de esos velos de gasa que á la aurora
se arrollan á las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,
ya á la cima del árbol se encarama,
y tras de una canción otra entonando,
canta y salta á la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores
las zagalas en paz se alzan tranquilas,
pues la luz anunciando á los pastores,
mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo á circular ligero
desde el hogar de la feliz cabaña,
y ya una vez el canto del jilguero
el eco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesús cruza la esfera
entre la sombra y el confín del día,
se oculta Honorio, sin mirar siquiera
la lluvia de esperanzas que caía.

Y murmuró por fin:—Se acabó todo;
perdiendo á Soledad, todo lo pierdo:
pensaré siempre en ella, y de este modo
viviré, aunque infeliz, con su recuerdo.—

Y por última vez mira á la tierra,
y el negro rumbo de la noche toma,
y por no ver ni aun esperanzas, cierra
sus ojos de león y de paloma.

Y entretanto Jesús vierte, cernidas,
semillas de esperanza y de contento
por entre nubes, que, del alba heridas,
cual copos de algodón esparce el viento.

¡Feliz mil veces tú, Jesús bendito,
que el santo honor por Jesucristo alcanzas
de cruzar ante el sol el infinito,
derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cual tu Dios fecundo,
de ensueños, esperanzas y consuelos,
urbem et orbem, la ciudad y el mundo,
bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora la naciente risa,
trayendo dicha, á nuestra puerta llamas
con voz como el susurro de la brisa
cuando besa las puntas de las ramas.

De nación en nación, de gente en gente,
derrama tu piedad tanto consuelo,
que al que se cree maldito eternamente
echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que á vivir empieza;
fe á los que sufren, ilusión al que ama;
al pobre la esperanza de riqueza;
al débil, de poder: al vil, de fama.

Yo también, porque alivies mis desvelos,
de Cristo en nombre, mi oración te envío;
acuérdate, al sembrar tantos consuelos,
de este rincón del mundo, Jesús mío.

Por ti el que pierde su esperanza, y llora,
y reza al comenzar de la velada,
la perdida esperanza, con la aurora,
se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;
mas por la sangre pura del Ungido,
manda á esa bendición que tú me envías
que me traiga la dicha del olvido!

JORNADA TERCERA

ESCENA XIII

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN ÁGUILA

LUGAR DE LA ESCENA: *En las nubes*

PERSONAJES: HONORIO.—UN ÁGUILA

ARGUMENTO.—Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,
y así el bien como el mal á todo alcanza;
como el castigo á toda falta llega,
le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel caos sepultado,
principio de la noche y fin del día,
en vano, en sus memorias abismado,
cara á cara el fastidio desafia.

Sobreexcitando su inmortal quimera,
su eterna aspiración á ser dichoso,
en transmigrar pensó por vez tercera,
cansado de la dicha del reposo.

Buscando un ser para su nueva historia,
puso Honorio, por fin, sus asechanzas
sobre un águila, símbolo de gloria
de los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro á que altanera
el águila caudal cruce á su lado,
como el que vuelto hacia la mar espera
el regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,
la ve como el que afila su mirada,
cuando, atrevida, el cielo cruza errante
con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,
cual descende el halcón sobre su presa,
Honorio, tras del águila, el espacio,
como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,
y al verse, gime Honorio y grita el ave,
ella con voz aguda y estridente,
y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos
persigue Honorio, y persiguiendo aterra
al ave á quien los pueblos belicosos
escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,
se persiguen, se acosan y se acechan,
y haciendo inmensos círculos, volando
poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían,
lúgubre Honorio, el águila estridente,
confundidos, un grito producían
parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,
si avanza el uno, el otro se retira,
y ve éste al fin que, por el alma envuelto,
hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmón el pájaro acosado
por un vapor que respirar no quiere,
con el pico torcido y acerado,
al fantasma picando, el viento hiere.